‘Lo hipster’: vanguardias, rabietas, Adidas y tópicos

Por Vanity Dust

Los hippies no se salvan de Woodstock, las florecitas en la cabeza, la promiscuidad lisérgica y los pelos en el sobaco. Los beats siguen siendo el zen y el nirvana etílico, el pordioserismo bohemio y la naturaleza madre. Cada movimiento con repercusión mediática (cuya propagación varía en función de los recursos tecnológicos del momento) recibe sus cuatro tópicos que pasan por encima de la complejidad del fenómeno. Los especialistas en este tipo de simplificación masiva (que no da señales de desaparecer, más bien todo lo contrario) son los periodistas. A ellos debemos sus últimas adquisiciones, como los hipsters. Es este un fenómeno social especialmente tentador para ponerle cuatro tags y pasar página: camisas de cuadros, The Strokes, Ray-Ban Wayfarer y currar en un bar de noche pero tener pretensiones universitarias. Los metemos en el Raval o en Malasaña, los encerramos a bailotear en Razzmatazz o en el Zombie. Listos. Siguiente, por favor.

Me niego categóricamente a caer ante esta burda simplificación de cualquier fenómeno, y para ello me remito, en el caso que nos concierne, a *¿Qué fue ‘lo hipster’?*
En los USA ya tenemos «Lady Gaga y la sociología de la fama», una nueva asignatura impartida en la Universidad de Carolina del Sur. Sí, los americanos producen mucha mierda, pero lo bueno que tienen es que hay gente sobradamente competente como para analizarla. Es el caso de Mark Grief, el editor de *¿Qué fue ‘lo hipster’?*, un ensayo sociológico compuesto por varias partes complementarias (una introducción al término, la transcripción de un coloquio, artículos y relatos) que ahonda en el colectivo joven más prominente y que más discusión ha generado en la primera década del s.XXI en Estados Unidos. Grief es la persona adecuada para llevar a cabo la tarea de organizador de la gran producción sobre ‘lo hispter’. Es escritor, periodista y fundador de la revista literaria, cultural y política n+1 (tildada, precisamente, de hipster).
El coloquio presenta un espectro de voces que no se cortan ni un pelo a la hora de pensar y repensar ‘lo hipster’. Que no cunda el pánico; la introducción al libro habla precisamente de las múltiples definiciones de hipster vigentes, que Grief resume en tres. En todas hay una coincidencia: nadie se reconoce como hipster, es decir, los hipsters siempre son *los otros*. El hipster no es un artista cool y vanguardista al que debemos admirar, sino un “consumista a la última”, alguien que hace del consumo una forma de arte, y con ello trivializa la pureza (si la hay) de las cosas auténticas. Así de claro: el hipster representa un parásito trendy y hambriento de tendencias que canibaliza todo lo que elige para su imagen.
¿Deben, pues, los hipsters caernos mal? Los beatniks rompían con una sociedad conservadora, los hippies tenían ideales y follaban sin cesar y, en cambio, los malditos hipsters se gastan 200$ en unas Adidas customizadas y compran en tiendas de segunda mano las ropas que sus abuelos tiraron a la basura. La mayoría de periodistas tratan tangencialmente a los hipsters con ese sutil tono del que se las da de superior, una especie de condescendencia basada en clichés; los describen como si estuvieran en un zoológico de tribus urbanas. Pero el hipster puede verse de otro modo, puede que no muy alentador, pero sí necesario para los tiempos que corren. Según explica Petersen (editor de n+1 y periodista freelance) en el coloquio, el hipster es alguien con el que «no puedes competir», está más allá de lo cool. Y en una sociedad en la que el triunfo es un valor, perder sistemáticamente la batalla con estos tipos genera rabia, odio. Parece que para que tú te atrevas a escuchar un grupo de música o comprarte una boina de aviador necesitas primero haberlo visto en *alguien*. Ese alguien es un hipster, y posiblemente también sabrá el mejor restaurante japonés del barrio y el local con los cuadros más potentes de la calle. Y deberás leer sus revistas para enterarte de ello, o quitarle hierro al asunto *fingiendo* que no te interesan estas chorradas. Regresando a los hippies y los beatniks, ellos también fueron conquistados por la cultura de masas y las modas: hasta BMW ha parafraseado a Kerouac. Por lo que respecta a los hipsters, es como si hubieran desdeñado la parte transgresora a nivel político y social de anteriores movimientos y se hubieran dedicado únicamente a absorber las vanguardias estéticas de la contemporaneidad. Evidentemente esta postura es criticable, pero no procede introducir baremos morales a la hora de determinar si ello es bueno o malo. Esto es relevante porque algunos articulistas del libro (y de los medios, en general) que hablan sobre los hipsters en tono arrollador lo hacen desde la indignación. Otra virtud de *¿Qué fue ‘lo hipster’?*: tiene la clara pretensión de dar voz tanto a los detractores del fenómeno como a los que tratan de ver en él algo positivo.

El coloquio de la primera parte del libro tiende al caos, uno cae mareado ante una acuciante verborrea que, si bien atrapa al lector debido a la lucidez de los ponentes (el fotógrafo, escultor, videoartista y performer Leah Metzer o Nick Delaney,

Mark Greif (primero por la izquierda)

arquitecto e interiorista, entre otros), deja un agrio sabor de boca ante la aparente falta de acuerdo sobre ‘lo hipster’. Pero… ¿necesitamos un acuerdo?
Si he afirmado que este libro va más allá de reflexiones vagas y ambiguas sobre el hipsterismo es precisamente porque la mesa redonda es sólo el aperitivo para dejar entrever que no hablamos únicamente de cuatro tags.
Pasemos al dossier. Este capítulo es, en realidad, un metacapítulo, puesto que presenta dos reseñas publicadas en otros medios que hablan sobre el mismo coloquio que acabamos de leer. Y no son dos artículos especialmente elogiosos: presentan el encuentro con un toque ácido y frío que viene a cuestionar su mismo sentido.
Siguiente parte del libro, “respuestas”: hablemos de razas y de clases sociales, plantea Margo Jefferson: «¿Es el mundo hipster actual tan racialmente singular como indican la música, las películas y los libros mencionados en la mesa redonda?». Los hipsters son blancos, bien blancos. Se dice que ellos inventaron las fotos ante el espejo (lo más cool, que luego degeneró en el fenómeno aquí llamado choni) y que su publicación de referencia es Vice, radicalmente inofensiva y estéticamente provocadora. Sabremos que viven en barrios reformados, caros, bourgeois-bohème, como dirían los franceses. Y me quedo corto; realmente *¿Qué fue de ‘lo hipster’* da para mucho más: nos adentraremos en la etimología del término, acuñado en los 40, o en su relación con el hip-hop, con sus trabajos y, cómo no, a qué universidades van y con quién se juntan.

Con tono beligerante, incisivo y sobradamente plural, *¿Qué fue de ‘lo hipster’* promueve un conjunto de reflexiones y meta reflexiones acerca de estos tipos modernos que no se reconocen a sí mismos pero que saben lo que se traen entre manos. Que nadie se lo tome como algo personal

0Share

Volver a la página principal »

Aún no hay comentarios

Publica un comentario

Nombre (*)

Apellidos (*)

Email (*)

Texto

Enviar

mamajuana | info@mamajuanadigital.com